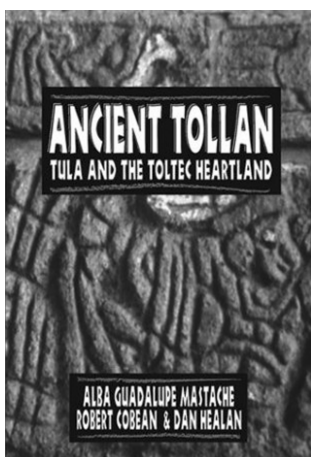


## En el corazón de Tula

Elisa Villalpando C. \*



Mastache, Alba Guadalupe, Robert Cobean y Dan Healan, *Ancient Tollan, Tula and the Toltec Heartland*, Boulder, University Press of Colorado, 2002.

Esta obra maestra de Mastache, Cobean y Healan, publicada hace apenas tres años en su versión en inglés, no sólo resulta fundamental como referencia de primer orden para los lectores anglosajones, sino para todos aquellos interesados en el conocimiento del antiguo Tollan; proporciona, como bien señalan David Carrasco y Eduardo Matos en el prefacio de la publicación, “una visión bien redondeada de lo que una antigua fuente llamó El Gran Tollan”.

Este volumen de la serie Estudios Mesoamericanos, publicadas por la Universidad de Colorado en Boulder, consta de once capítulos profusamente ilustrados con mapas, figuras, excelentes fotografías, reconstrucciones, dibujos,

gráficos, tablas cronológicas y todo aquello que nos permite aproximarnos con los datos adecuados al conocimiento de esta antigua ciudad.

El primer capítulo es un balance de los diversos proyectos arqueológicos de Tula y sus alrededores, entre los que se menciona el realizado en la década de 1940 por Jorge R. Acosta, y todos aquellos que bajo la dirección y participación de diversos colegas nacionales y estadounidenses a lo largo de varias décadas han permitido conocer la extensión de este centro desde diferentes criterios y aproximaciones: fotointerpretación, recolecciones sistemáticas, excavación de unidades habitacionales y áreas de producción, patrón de asentamiento, etcétera; también se discute el proyecto coordinado por Mastache y Cobean en los años ochenta y algunos resultados de la tesis doctoral de Mastache.

En el capítulo dos encontramos una evaluación del medio ambiente físico y su uso agrícola, información que desde la perspectiva del medio físico nos permite conocer las características geológicas de suelos y, en general, todos los aspectos relacionados con el uso de estas tierras y su aptitud para la agricultura en épocas pasadas.

El capítulo tres, referido a la cronología y periodificación, permite al lego conocer que la actual periodificación para Tula fue definida dos décadas antes por uno de los autores; que el

\* Centro INAH Sonora. elisavillalpando@hotmail.com.

desarrollo de este centro urbano inicia durante las fases Prado y Corral con la primera ocupación de consideración en la zona urbana de Tula, cuyos tipos cerámicos están relacionados de manera cercana con los complejos de la Esfera Coyotlatelco del valle de México, hacia el año 650 d.C. También es posible conocer las revisiones recientes que permiten a los autores refinar parte de la secuencia para los periodos Clásico y Posclásico, ubicando las fases Prado, Corral, Corral Terminal y Fuego cincuenta años antes de la propuesta inicial. La tabla 3.2 y el texto correspondiente a la puesta al día de cronologías cerámicas seleccionadas de Teotihuacan, el valle de México y la región de Tula debe ser consulta obligada para todos los interesados en esta área, pues en cada fase no sólo se describen los complejos cerámicos asociados, sino también se discute el complejo Tollan como un grupo de tipos cerámicos que representa una integración de diferentes tradiciones culturales, lo cual pone en claro que la cultura tolteca y el origen de Tula están ligados a varias tradiciones culturales que se manifiestan en el complejo mencionado, al igual que en la arquitectura y la escultura, donde coexistieron durante un lapso de 250 años.

El capítulo cuatro se refiere a la conformación temprana de los asentamiento del Clásico y Epiclásico, como un ejercicio necesario para entender los procesos que, iniciados siglos antes, dieron lugar a la ciudad. En la primera parte se describen los sitios de filiación teotihuacana; luego los asentamientos que representan una diferente tradición cultural y aparentemente originados en la periferia septentrional de Mesoamérica (los habitantes portadores de la cerámica Coyotlatelco, entre otros elementos), mientras en la tercera parte se aborda la ciudad temprana de Tula en correspondencia con la segunda fase de la ocupación Coyotlatelco, que constituye el núcleo inicial de su desarrollo. También se describen los sitios representativos de cada periodo: Chingú como centro regional de la tradición teotihuacana; El Tesoro y Acoculco como asentamientos que aportan información sobre la colonización teotihuacana del área de Tula; La Mesa como uno de los prin-

cipales asentamientos Coyotlatelco en la región de estudio, con ubicación estratégica para el control visual del valle de Ajacuba y Tepepango hacia el este, y el valle aluvial de Tula hacia el oeste, con su recinto principal localizado en la parte central del sector más densamente habitado y los dos tipos de arquitectura residencial. Una de ellas consiste en estructuras rectangulares construidas sobre pequeñas plataformas con pórticos soportados por columnas, y las estructuras circulares cuyos cimientos están formados por hiladas dobles de lajas delgadas de basalto, conceptualmente diferentes de la arquitectura teotihuacana.

El análisis de estos elementos arquitectónicos permite proponer la posibilidad de que esta técnica constructiva de lajas se haya originado en la periferia norte de Mesoamérica (La Quemada, Cerro del Huistle, San Bartolo, Ranas y Toluquilla), y constituya el antecedente de una técnica característica de la fase Tollan (ca. 900-1150 d.C.). En este apartado encontramos que las estructuras circulares estaban asociadas con edificios rectangulares y que ambos tenían funciones domésticas (algunas de las circulares eran cocinas o áreas de almacenamiento), y aunque los dos tipos tuvieron asociados entierros bajo los pisos, éstos fueron más frecuentes y numerosos bajo las estructuras circulares. Otros sitios descritos en este capítulo son Magoni, El Águila y Atitalaquia, con cerámicas similares a La Mesa, y si bien como sitios no constituyen una entidad homogénea, la mayoría comparten una tradición cultural común, pese a las notables diferencias en términos de aspectos particulares.

Para los autores, la población Coyotlatelco en el área de Tula no puede ser entendida sin pensar en su origen norteño: los sitios denotan una relación con instituciones y conceptos ideológicos expresados en la estructura y planificación de los asentamientos, la arquitectura, técnicas constructivas y complejos líticos y cerámicos. La ubicación de los sitios en la cima de algunos cerros casi inaccesibles —como sucede en algunos sitios norteños— y sobre todo las similitudes arquitectónicas con el sitio Chalchihuites (vestíbulos y pórticos que muestran con-

juntos de columnas, el tipo de plazas y el uso extensivo de las lajas tabulares), son elementos que apuntan hacia el origen norteño de grupos que aportaron sus conocimientos e ideología al antiguo Tollan. Retoman en este sentido la propuesta de Beatriz Braniff durante la década de 1970, en el sentido de que la cerámica Coyotlatelco es parte de la tradición cerámica rojo sobre café, y que se originó posiblemente en la llamada periferia norteña de Mesoamérica. Otro elemento que apunta hacia esta presencia norteña proviene de la lítica, ya que el uso del basalto y muchos tipos de artefactos presentes en los sitios de esta fase se relacionan más con Chalchihuites que con el Altiplano Central. Es por ello que en las investigaciones que conforman esta obra los autores proponen que la mayoría de influencias norteñas en Coyotlatelco tuvieron su origen en la cultura Chalchihuites.

El desarrollo de la ciudad temprana de Tula es retomado a partir del análisis del núcleo principal alrededor de Tula Chico, al señalar que si bien las cerámicas del complejo Prado son a todas luces el conjunto diagnóstico, se han encontrado otros tipos que incluyen algunas cerámicas rojo sobre café muy similares a los tipos encontrados en asociación con sitios clásicos del Bajío, Querétaro y zonas de la periferia norte de Mesoamérica. Sin embargo, el conjunto lítico es diferente porque se encontraron asociados muchos instrumentos de obsidiana que provienen de tres fuentes: Michoacán como fuente principal, y probablemente Zacualtipan y Sierra de las Navajas, en Hidalgo. El análisis del asentamiento de Tula Chico les permitió determinar que la ciudad temprana de la fase Corral tuvo dos recintos ceremoniales cuyas implicaciones se relacionan con la composición étnica y la estructura política y social de esta ciudad inicial, sugiriendo un gobierno menos centralizado que el de la fase Tollan, y distintos grupos étnicos o facciones que pueden corresponder a los protagonistas del conflicto legendario entre Topiltzin Quetzalcoatl y los seguidores de Tezcatlipoca, referido en varias crónicas.

Con el análisis de los datos recabados corroboran que el momento de máxima expansión

de la ciudad temprana aparentemente ocurrió en la primera mitad del siglo VIII, y que fue abandonada un siglo después, probablemente quemada y saqueada; las fechas radiométricas también apuntan en este sentido. Aunado al abandono durante el siglo IX, hubo una transformación radical del centro político religioso, pues además de la construcción de un nuevo centro monumental, cambió la orientación del trazo de la ciudad, en concordancia con un nuevo recinto sagrado. La relación de estos cambios drásticos de orientación, el abandono de la ciudad temprana y la construcción de nuevos recintos ceremoniales, además del conflicto narrado en las fuentes históricas y las crónicas sobre la expulsión de Topiltzin Quetzalcoatl, no dejan de ser una aproximación muy valiosa a la interpretación del surgimiento de la gran urbe de la fase Tollan.

El capítulo cuatro concluye tras de remarcar que la investigación relacionada con la continuidad y discontinuidad ideológica, religiosa y política entre este núcleo urbano inicial y la ciudad de la fase Tollan es crucial para entender el proceso de formación de Tula y su desarrollo urbano, instituciones e ideología. Debo señalar que me gustó mucho que al describir los materiales arqueológicos presentes en diversos contextos los autores no se quedan en el nivel de objetos, sino hablan de gente: los tipos cerámicos son definidos como una representación de grupos étnicos, de seres humanos y no sólo de trozos de cerámica, como sucede en gran cantidad de producciones arqueológicas, lo cual ha sido objeto de la crítica implacable de numerosos lectores.

El capítulo cinco está dedicado a analizar la ciudad de la fase Tollan. En primer lugar destacan lo que implica el análisis urbano de una ciudad, donde es necesario destacar aspectos relacionados con el entorno topográfico y ecológico, la forma, extensión, planeación y estructura —incluyendo la investigación de formas específicas de organización del espacio, tales como la densidad de construcciones, continuidad y discontinuidad de los espacios urbanos, proporciones de los espacios abiertos y volúmenes de construcción, separación entre comple-

jos de edificios y la definición de diferentes niveles de unidades espaciales—, entre muchos otros aspectos que no pueden ser cabalmente conocidos de una ciudad arqueológica en la que existen limitaciones importantes. Sin embargo, encontramos información sobre muchos de estos aspectos, destacándose que, en Tula, la importancia del recinto monumental como eje simbólico y centro arquitectónico de la ciudad se manifiesta tanto en su posición central dentro de la estructura del asentamiento como en su posición jerárquica en el punto más elevado y prominente, lo cual implicó —entre otras cosas— una enorme inversión de trabajo público en la modificación de la topografía natural mediante un extensivo sistema de terracedo y nivelación de plazas, y la construcción de plataformas que sirvieron de base a los edificios.

Los cambios que sufrió el recinto sagrado se describen en un apartado, desde el desarrollo inicial, posiblemente como un componente Coyotlatelco contemporáneo de Tula Chico, hasta su incendio intencional que marca el fin de la fase Tollan (ca. 1150 d.C) luego se aborda la reocupación de esta área durante el Posclásico tardío en el llamado Palacio Quemado y otros edificios correlacionados en cuanto a temporalidad de su construcción, como las Pirámides C y B, cuyas columnas se describen con detalle porque contienen elementos clave para entender aspectos sustanciales del estado tolteca. En esta sección también encontramos descripciones puntuales de diversos motivos representados en las columnas de Tula. En relación con el Pilar 3, la famosa representación de Topiltzin Quetzalcoatl como el personaje barbado con la serpiente emplumada en el glifo sobre la cabeza (según Acosta), es interesante señalar que los autores ofrecen datos recientes y proponen que se trata más bien de la representación de un sacerdote del culto a Quetzalcoatl. De igual manera se describen las similitudes de estos motivos con los que aparecen en Chichén Itzá, y todo el análisis iconográfico necesario para concebir la posibilidad de que Tula tuvo un gobierno dual, lo cual en el México central pudo haber sido más común de lo que se ha pensado. El Vestíbulo sur, el Palacio al sur, el Palacio

de Quetzalcoatl y el Palacio Quemado son analizados en detalle, también los espejos de mosaico de turquesa, los espejos de pirita, las ofrendas bajo los Chac Mool, los braseros cerámicos Tlaloc, y las diversas ofrendas recuperadas en ese impresionante palacio, que relacionan dicha estructura con funciones ceremoniales que posiblemente requirieron la presencia de nobles y sacerdotes en rituales de consumo colectivo (tal vez de varios días), con el uso de recipientes pequeños para servir alimentos y cerámica ceremonial que incluye pipas, braseros e incensarios.

Ubicados dentro de los ejes simbólicos también encontramos los juegos de pelota; el *tzompantli* como estructura de culto al sacrificio humano y la guerra —vuelta frecuente en el antiguo México durante el Posclásico tardío—; el *coatepantli* como elemento de gran relevancia simbólica, así como otras zonas del centro monumental, conforman los elementos analizados de esta gran urbe. Además, en el análisis no deja de mencionarse cuán importante es revisar la validez de conceptos repetidos en la arquitectura mesoamericana, donde ha existido la tendencia a agrupar la arquitectura monumental en dos grandes grupos: pirámides/templos y altares por un lado, y palacios por otro, concepto este último que requiere una definición más precisa, pues lo que se ha nombrado como palacios no se sabe con certeza si se trató del lugar de residencia del rey o gobernante principal. Y este es el caso de Tula, donde tal vez el palacio real se encontraba fuera del recinto sagrado y constituía más bien un complejo de edificios que una sola construcción, y muy probablemente a lo largo de los tres siglos que duró la fase Tollan se construyeron varios palacios reales. Con base en estas consideraciones los autores señalan que aún se requiere una investigación integral de la zona para entender cabalmente la organización y funcionamiento del estado tolteca.

En el capítulo seis se ponen al día las investigaciones realizadas en las unidades residenciales de la ciudad, para lo cual se proponen hipótesis más que respuestas concretas sobre la planificación y organización espacial, divisiones

territoriales y definiciones de los componentes esenciales de dichas unidades. Este apartado nos permite conocer que pudieron haber existido dos mil complejos habitacionales durante la fase Tollan, y que los tres tipos de habitación pudieran agruparse en palacios, grupos de casas y conjuntos de apartamentos, con sus componentes de cuartos, patios, plataformas, accesos y diversas áreas de actividad. Estos conjuntos habitacionales fuera del recinto sagrado de la gran urbe son tratados en las 27 páginas de este capítulo. Evidentemente, una gran riqueza aguarda futuros proyectos para estos espacios.

Los asentamientos de carácter rural de los alrededores de la gran urbe durante la fase Tollan se estudian en el capítulo siete. Ahí se dice que esta unidad orgánica, tanto territorial como política y económicamente, estuvo fuertemente ligada a un sistema en el que cada una de las partes tenía un papel de importancia suma; a pesar de la profusión de asentamientos rurales en concordancia con esta temporalidad, la existencia de una franja de entre uno y tres kilómetros alrededor de la gran ciudad marcaba una frontera bien definida entre lo rural y lo urbano. El surgimiento y proliferación de la vida rural a partir de la fase Tollan es reflejo del impacto y necesidad de insumos que requirió el mantenimiento de una ciudad como Tula. Esta parte se relaciona de manera notable con el Apéndice que contiene las descripciones de sitios y agrupamientos, donde encontramos los detalles particulares de cada sitio registrado dentro del *hinterland* de Tula (tipo de sitio, densidad de la ocupación durante los diversos periodos, coordenadas UTM, ubicación, uso del suelo, etcétera); se trata de un amplio apéndice con más de sesenta páginas, que enriquece la obra de manera notable. Sus consideraciones sobre lo que implica el concepto de sitio y análisis del asentamiento me parecen muy oportunos para entender la dinámica de interacciones ocurridas durante este periodo. En especial en este último aspecto, ya que se realizaron dos niveles de análisis: uno previo a la definición de los sitios, con base en las unidades de recolección de la prospección, que permitió el conocimiento de-

tallado de los asentamientos y sus componentes, y el segundo con base en las diferentes categorías de unidades discretas que fueron agrupadas en sitios. La fig. 7.4 concentra gráficamente este conocimiento y los análisis estadísticos de correlaciones entre sitios y zonas ocupan un lugar privilegiado dentro del texto.

El Complejo Tollan en el área de Tula es objeto del capítulo 8. Aquí encontramos, a través de una serie de gráficos y análisis estadísticos, los diversos tipos cerámicos que caracterizan el área para la fase Tollan: Macana Rojo sobre Café, Rebato Rojo Pulido, Blanco Levantado, Jara Naranja Pulido, Toza Café Alisado, Ira Naranja Estampado y todos esos nombres tan familiares para los conocedores de la ocupación tolteca en las “esferas” del Complejo Tollan de la Cuenca de México y lugares más alejados como Guanajuato o San Luis Potosí. Los años dedicados por los autores al conocimiento del área de Tula les permiten reformular algunas de las aseveraciones anteriores que habían caracterizado la presencia de ciertos tipos cerámicos; por ejemplo, la presencia de cerámicas Mazapa Rojo sobre Café considerada un marcador de lo “tolteca tardío” en la cuenca de México, cuya más alta frecuencia antecede la mayor expansión de la ciudad del Posclásico temprano durante la fase Tollan.

Y si toda la riqueza de información referida fuera poca, en el siguiente capítulo se tratan las actividades de subsistencia de los grupos que habitaron la gran ciudad y su ámbito rural, producto de reflexiones sustanciales sobre los estudios llevados a cabo por especialistas como Bruce Benz, Moisés Mendoza y Rafael Ortega. Así es posible conocer las especies de maíz que pudieron haberse cultivado, sus contenidos energéticos, promedios de producción, cálculos de consumo, etcétera; así como las necesidades de tierras aptas para el sostenimiento de una población calculada en 80 000/85 000 habitantes (60 000 en el núcleo urbano, alrededor de 17 000 familias), lo cual lleva a los autores a proponer que la densidad de población puede estar por arriba de lo factible, siendo un total de 45 000 habitantes en ambas zonas una cantidad más adecuada. También consideran un área

más extensa de producción agrícola, y tomando en cuenta que el maíz era parte sustancial de la dieta de los antiguos toltecas, debió complementarse con frijol, amaranto y agaves, como indican las evidencias macrobotánicas y los estudios de polen realizados en muchos de los contextos excavados y secuencias polínicas analizadas. Las evidencias botánicas se complementan en este capítulo con las propuestas culinarias de su ingesta dejadas en los utensilios utilizados para su procesamiento, como en el caso de las ollas Blanco Levantado, cuya función destacan que estuvo ligada con la transportación del pulque. No dejan de mencionarse otros recursos presentes en el área, tanto de plantas como de fauna, que debieron ser aprovechados por los grupos urbanos y rurales de esta gran ciudad, cuya distribución en las áreas excavadas del sitio Tepetitlán aparece en varias figuras.

En el capítulo previo a las conclusiones se explican las características de la ocupación del área para el Posclásico temprano y los diferentes niveles de complejidad de los sitios rurales en relación con las unidades territoriales probables en que los ambientes rurales de la ciudad prehispánica pudo haberse organizado. Posteriormente, en las conclusiones retoman las ideas fundamentales vertidas a lo largo del volumen y así redondear el conocimiento que durante varias décadas ha ofrecido el estudio de Tula y el estado tolteca: el proceso de surgimiento, desarrollo y apogeo, las transformaciones en la traza urbana a través de los siglos de su existencia, las semejanzas con las estructuras arquitectónicas teotihuacanas que le dieron origen, y la continuidad de elementos iconográficos y espacios arquitectónicos presentes en Tenochtitlan y que los ligan con instituciones estatales clave, y el ceremonialismo dedicado al gobernante, como un ejemplo de continuidad ideológica entre ambos centros. No dejan de mencionarse los vacíos que aún quedan pendientes a pesar del enorme esfuerzo desplegado en el conocimiento de la antigua Tollan.

Para finalizar, solamente quiero agregar que ha sido verdaderamente formativo leer esta

obra, pues la calidad del trabajo y profundidad de análisis me han permitido recuperar de una manera muy placentera el contacto con “lo mesoamericano” y entender la complejidad de la verdadera ciudad prehispánica desde el corazón de Tula. Gracias, Lupe, por haber pedido que la leyera.

